

La Historia de la Medicina es una ciencia

Ana Cecilia Rodríguez-de Romo

Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México; Laboratorio de Historia de la Medicina, Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. Ciudad de México, México

La historia de la medicina no es la narrativa de las glorias de su pasado ni el divertimento de la gente cultivada. Así se expresaba mi maestro Mirko Grmek (1924-2000), gran médico historiador de la medicina, cuando deseaba transmitir que la disciplina es una especialidad de la propia medicina, que tiene su metodología, y como tal, no debe ser tratada con displicencia ni ligereza. Tomando este principio como eje rector, *Gaceta Médica de México* decidió dar un giro innovador a la sección *Historia y Filosofía de la Medicina*, que hasta su formato actual era una amalgama, con diferentes niveles de seriedad, de lo médico y su relación con las humanidades y las ciencias sociales. Es decir, ahora persigue sustraer estos campos de lo anecdótico o narrativo, y otorgarles el mismo peso académico que tiene el resto de su contenido médico científico. Los artículos que antes conformaban esa sección serán incluidos en *Artículos originales*, pero claro, los derechos implican obligaciones y habrá que seguir las reglas. Pensemos en el cambio y en esas reglas.

La tradición pesa... ¡y qué bueno! Los humanos somos tradiciones y costumbres, y nuestra Academia Nacional de Medicina ha sabido guardarlas como ninguna otra institución mexicana, pero las circunstancias cambian, se renuevan y ojalá envejeciéramos innovando como *Gaceta Médica de México*. Acordar la sección *Historia y Filosofía de la Medicina* a la modernidad, dándole su valor científico, fue una decisión muy valiente y seguramente difícil, porque casi desde los inicios de la revista aparecen textos en los que los médicos del siglo XIX manifestaron interés por el pasado de su ciencia. Sin ninguna metodología, ellos lo plasmaron libremente en el órgano de difusión de la

Academia Nacional de Medicina, como lo sentían, como lo vivían. Eso fue bueno porque se preservaron hechos importantes. Los directivos de nuestro órgano de difusión, además de valor, tienen coraje y ganas de trabajar, pues la tarea implicará conformar un grupo de revisores, conocer corrientes historiográficas, autores y temas; en otras palabras, habrá que ocuparse más para darle solidez y seriedad a la sección.

Girando alrededor de la historia de la medicina, terreno en el que me siento cómoda, abordemos el asunto de las reglas, argumentemos acerca de aquello que la hace una disciplina con identidad propia y que, en consecuencia, le concede el derecho de ser tratada como tal. Hablemos un poco de sus bases teórico-metodológicas.

La historia de la medicina como un simple recuento de fechas, nombres y lugares la hace aburrida, pero preguntarse, por ejemplo, cómo los antiguos explicaban que continuamente se formara una cantidad tan grande de sangre, en lugar de que la misma circulara; por qué Camillo Goggi veía al tejido nervioso como una red y no como un conjunto evidente de unidades anatómicamente y fisiológicamente independientes; qué circunstancias condicionarían que la misma enfermedad tuviera conceptos tan diferentes en el tiempo y en los lugares; cuáles serían los retos que en verdad enfrentarían las mujeres para incorporarse a la medicina, etc., aparte de que intentar responderlo es divertido, es un desafío intelectual y tiene valor heurístico.

Pero atención, no estoy diciendo que para que sea valiosa nuestra pregunta debe ser compleja o difícil, ¡en absoluto! Una pregunta sencilla, pero bien elaborada y contestada metodológicamente, dará lugar a

Correspondencia:

Ana Cecilia Rodríguez-de Romo
Laboratorio de Historia de la Medicina
Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía
A. Insurgentes Sur, 3877
Col. la Fama, Del. Tlalpan
C.P. 14269, México
E-mail: ceciliar@unam.mx

Fecha de recepción en versión modificada: 04-12-2017
Fecha de aceptación: 05-12-2017
DOI://dx.doi.org/10.24875/GMM.17003951

Gac Med Mex. 2018;154:5-7
Contents available at PubMed
www.gacetamedicademexico.com

un trabajo valioso, digno y bueno. Una revisión consciente, minuciosa y honesta del desarrollo de una técnica quirúrgica, o del origen y el estudio de un fármaco, es tan meritoria como el esclarecimiento de un gran suceso histórico médico. Igualmente, reconstruir la vida de un personaje ilustre en tanto que ser humano, y no como semidiós, eso es desafiante. Creo que la clave para empezar bien es saber lo que queremos y hacerse una pregunta clara.

En las humanidades y las ciencias sociales no es posible hacer experimentos como en los laboratorios de investigación o encontrar en la práctica la dosis medicamentosa adecuada para un paciente particular. No obstante, sin problema, se pueden proponer preguntas con base en el conocimiento previo de un asunto determinado, porque lo hemos leído con mucho interés, porque ejercemos sus principios, porque lo conocemos, porque lo hemos estudiado. La pregunta equivale a la hipótesis de los experimentos científicos, y ya dije que puede ser crucial o simple. La única condición para responderla *científicamente* es ubicarla en el marco del razonamiento lógico y finamente estructurado, y usar un método dependiente de las «fuentes». Las fuentes equivalen a los materiales de los experimentos, y en términos generales se dice que son secundarias y primarias. Sin embargo, hay que reconocer que, con frecuencia, la frontera entre ambas es difusa, y lo aclararé más adelante.

Pero tomemos las definiciones comunes para entendernos. Empecemos con las fuentes secundarias, porque con ellas debemos arrancar nuestra investigación. Generalmente son los escritos de aquellos estudiosos que ya trabajaron el tema o alguno similar. Hay que reconocer que quizá no somos los primeros en formular *nuestra pregunta*, o como se viene de mencionar, también es posible que alguien haya realizado algo semejante a lo que nos interesa. En tal caso, quizá plasmó sus resultados en materiales publicados como libros, artículos, revisiones, comentarios, notas, etc. Hay que revisar esos trabajos, que no tienen edad y pueden ser muy antiguos o muy recientes; en cualquiera de los casos, es muy útil conocerlos. En nuestros días, los medios electrónicos nos permiten hacer búsquedas rápidas y muchas veces hasta leer los trabajos. El resultado de esa investigación inicial es múltiple, desde que la pregunta sea original y entonces tengamos un campo virgen para trabajar, hasta que haya despertado la curiosidad de otros y existan antecedentes publicados. En el último caso, el desánimo no tiene lugar, pues también se abre un abanico de posibilidades para abordar el

tema; por ejemplo, no compartir la opinión de ese autor y proponer otro enfoque, o a la luz de nuevos conocimientos reinterpretar el mismo asunto. Pero cuidado, sin excepción, no confiar en escritos sin referencias bibliográficas, en aquellos que carecen de fuentes, sobre todo de las primarias, ni en opiniones o especulaciones puramente personales.

Las fuentes primarias en general son documentos producidos en la época que nos interesa y que muchas veces son desconocidos. Cartas, oficios, diarios, actas, contratos, expedientes, protocolos, apuntes personales, testamentos, fotografías, censos, testimonios escritos, esquelas, anuncios... ¡tantos materiales que están en los repositorios e incluso en los cajones familiares! Yo llamo a estos materiales los «chismosos incorregibles» que a la menor provocación dicen la verdad. Pero además, son celosos y ególatras, porque hay que abordarlos en consideración al contexto de su tiempo, es decir, las condiciones políticas, económicas, sociales, históricas, culturales y hasta geográficas del momento en que tuvieron origen. Demos un ejemplo: el Instituto Médico Nacional (IMN, 1888-1915) fue una gran institución del México decimonónico que hizo investigación apegada al pensamiento científico y en el más puro sentimiento nacionalista. El IMN es tan rico que muchos estudiosos, nacionales y extranjeros, se han interesado y siguen interesándose en él, pero su labor estaría coja sin el uso de fuentes primarias, como los materiales inagotables que existen en el Archivo General de la Nación. Su consulta nos grita que la investigación científica en México no data del siglo XX, que los que pasaron a la historia como malos no eran tales, que hay que conocer a los desconocidos y que la ciencia mexicana no puede ser juzgada con los parámetros de la de los países desarrollados, porque tuvo sus propios objetivos y necesidades.

Lidiar con fuentes primarias puede ser muy gratificante o muy frustrante. Gratificante, porque en el mejor de los casos podemos hacer «descubrimientos», y frustrante porque las más de las veces los archivos son bodegas de papeles desordenados en lugares oscuros, fríos y aislados, donde materialmente hay que lanzarse a lo desconocido en busca de algo que con certeza no sabemos qué es. Con frecuencia, el resultado no es congruente con el esfuerzo. Sin embargo, en cualquiera de los dos casos hay que trabajarlos, es bueno que existan y no se les destruya, como parece ser la tendencia en los años más recientes.

Existen materiales de clasificación compleja, ya que según su uso podrían ser fuente primaria o secundaria,

e incluso ambas. Los periódicos y las películas representarían este caso. Estos son producto de alguien, ese que dio fe o su testimonio de algo en su momento; quizá han estado ocultos en el tiempo, y según se aborden, pueden ser fuente primaria o secundaria.

Después de hacerse una pregunta y tratar de responderla metodológicamente, viene el verdadero desafío, el reto intelectual: la interpretación, la explicación, la construcción de algo que ya no existe, la escritura. Hay que redactarlo transmitiendo un mensaje, retomando nuestra hipótesis y aportando conocimiento. En este paso hay que pensar cómo se supo lo que se sabía, cómo se justificaban las creencias que había; hay que tratar de ponerse en los zapatos del otro, volver a nuestra pregunta inicial y verla a la luz de lo que encontramos, pero sin juzgar ese pasado con los ojos del presente. En lo esencial, el método histórico no difiere del experimental: cómo justificarían la creencia de los miasmas; qué habrían pensado y visto realmente los creadores de la salud pública mexicana para hacer lo que hicieron; cuál habría sido la verdadera motivación de las pioneras de la medicina para elegir una carrera tradicionalmente masculina; qué imaginarían Watson y Crick cuando adelantaron en su artículo seminal que su observación respondería preguntas todavía desconocidas. Muchas veces la pregunta inicial se transforma después de la investigación y se hace más atractiva o interesante. Todos podemos proponer preguntas; la única condición para responderlas es no hacerlo con indolencia, con prejuicios y como diletante.

Los historiadores (léase sociólogos, filósofos, antropólogos) se quejan de que los médicos solo narran las cosas, no las analizan, no conocen el método, no consideran el contexto, interpretan mal el pasado, no

consultan las fuentes, menosprecian los errores y exageran los aciertos. Los médicos dicen que los historiadores (léase como se sugirió arriba) desconocen los saberes médicos y hacen historia de la medicina sin medicina, ignoran la realidad de lidiar con la enfermedad y el padecer, y son teóricos, aburridos y detallistas. Esta controversia inútil no ha conducido a nada, y estoy convencida de que *Gaceta Médica de México* es la plataforma ideal para que las humanidades médicas y la sociomedicina se expresen seriamente. La Academia Nacional de Medicina y su revista siempre han hecho gala de generosidad y han adoptado el enfoque multidisciplinario o interdisciplinario.

En nuestro país no tenemos un órgano de difusión para el trabajo de los estudiosos en estas áreas, y hay que voltear los ojos a otros países si queremos publicar los resultados de nuestra investigación. Hace años intentamos la empresa de tener una buena revista de historia de la medicina, pero no alcanzamos el éxito final de mantenerla y consolidarla. El respaldo de la Academia Nacional de Medicina de México, que además cuenta con una silla en el área, será fundamental para lograr ese fin.

Estoy consciente de que muchas cosas quedaron fuera de esta disquisición en defensa de la historia de la medicina (léase humanidades y ciencias sociales interesadas en la medicina), mi espacio particular de desarrollo académico, pero el objetivo era argumentar a favor del proyecto innovador de los editores de *Gaceta Médica de México*. Además, nuestra revista siempre ha tenido las puertas abiertas a la antropología, la ética, la filosofía, las ciencias sociales, las económicas y hasta las políticas involucradas con la medicina. Tomemos con seriedad esa oportunidad, apoyémosla y trabajemos en su beneficio.